



“La puerta del infierno”

La fidelidad conyugal es algo más que un principio moral para el pueblo japonés, es un sentimiento respaldado por siglos de tradición.

Al pasear una pareja de enamorados por las playas, suelen inclinarse sobre la arena y contemplar en silencio unos curiosos moluscos cuya caparazón vacía deja algunos orificios. Dentro han quedado dos cangrejos, macho y hembra, que sólo se reproducen en el interior de aquel extraño palacio. Entran, conviven, dan a luz numerosos pequeños que salen al mundo del océano, mientras ellos, más grandes, sin poder salir mueren unidos hasta el fin.

El tema central del film japonés “La Puerta del Infierno” es precisamente la fidelidad conyugal. Resulta extraña una lección tan profunda dada por los orientales a nosotros, que estamos acostumbrados a ver toda clase de infidelidades en la pantalla y en la literatura. Las ideas del film flotan nítidamente sobre una atmósfera de delicadeza espiritual y de plenitud artística.

Se nos presenta el hecho histórico de una invasión a la casa real Kiyomori. Los planos elegidos son muy cercanos. La primera secuencia está construida a base de detalles de hondo simbolismo narrativo. El incendio del palacio real, la fuga, el desconcierto, se traduce en tomas parciales de pies desnudos, de cortinas ardientes, de la rueda del carro real que gira sobre el terreno, del rostro aterrizado de la dama de la corte en su interior.

El noble guerrero *Moritó* salva a la dama. La paz vuelve al país. Los soldados son premiados. Los méritos de *Moritó* son tales que se le concede pedir su propio galardón. Pide a la dama como esposa. El desconcierto de la corte es notable: “la dama es casada”...

Moritó está cegado. No vive sino bajo su hechizante recuerdo. Ella lo admira. No es fácil decir si lo ama (porque los japoneses no manifiestan el amor como nosotros). Pero se resiste a las demostraciones sentimentales del guerrero. *Moritó* agota los recursos y fuerza a la esposa. Le propone matar a *Kesa*, su esposo, quedando así libre para casarse con él. Ella no puede hacer nada frente a la pasión de *Moritó*. Simula aceptar el asesinato. Llega la noche. Todo parece convenido entre el asesino y la esposa. Pero ella logra conducir al esposo, al que ama con fidelidad heroica, a otra habitación y se recuesta en su lecho. *Moritó* entra y, sin distinguir más que un bulto en la penumbra entierra su espada en el corazón de la joven y de inmediato, descubre su rostro y abre los ojos al panorama atroz de su propia pasión.

La escena final es su entrega al esposo. Se siente infame, e implora ser despedazado. *Kesa* lo perdona. Su noble corazón no había calculado aún todo el amor encerrado en ella. *Moritó* se corta el cabello y decide empezar una vida de penitencia.

“La Puerta del Infierno” es un modelo de film moralizador. Nos enseña cómo puede hacerse una obra de elevado valor estético, de profunda psicología humana, de pasiones, de amor y de virtud heroica, sin necesidad de presentar, ni aún de sugerir el plano sexual.

La película “La Puerta del Infierno” se ganó el Gran Premio Internacional en el Festival de Cannes 1954 y dos Oscars en 1955.

Teinasuke Kirugasa está clasificado en el Japón entre los directores de la escuela tradicionalista. Trabajó en cine mudo como director y luego fue actor especializado en los papeles de niñas cuando era obligatoriamente hecho por hombres.